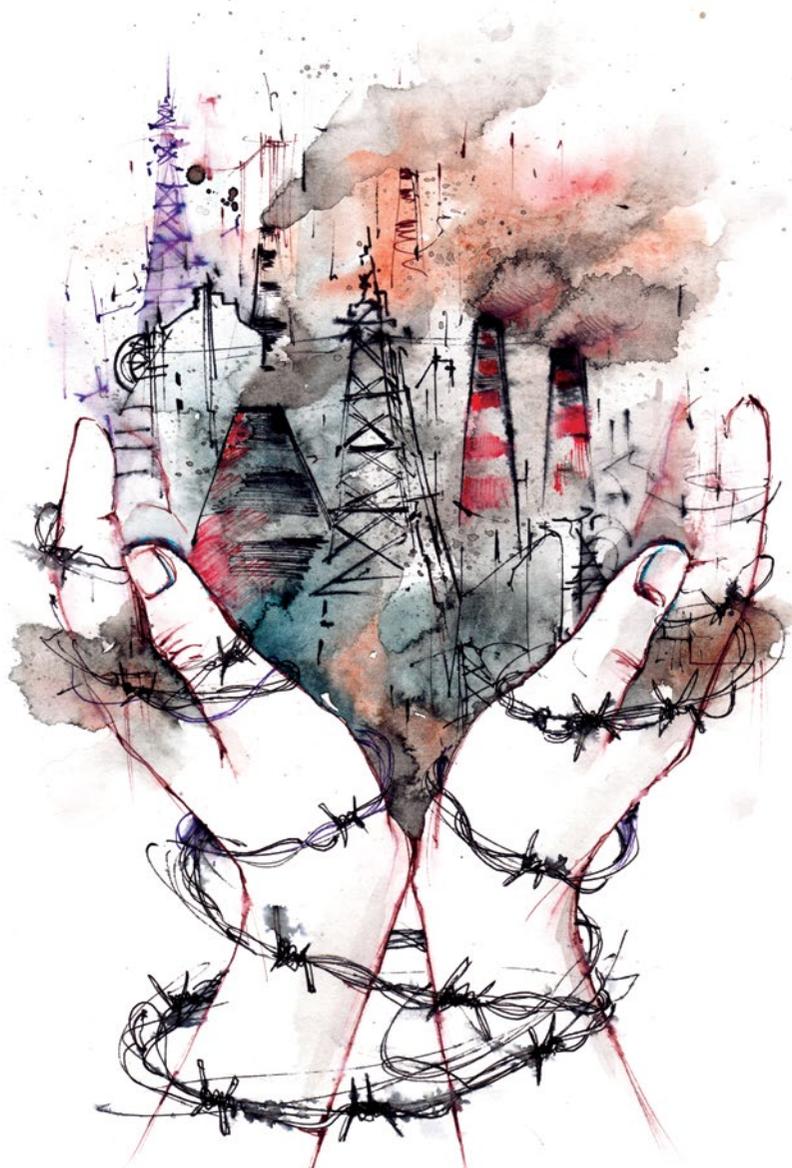


La **COVID-19**
también **infectó**
a la **modernidad.**
Es una buena noticia

SANDRA ANCHONDO PAVÓN



La crisis sanitaria puso en evidencia la obsolescencia del proyecto moderno por su concepción de las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza. Hoy entendemos mejor que el daño a unos es también el daño a todos.

La brillante escritora aragonesa Irene Vallejo ha dicho que nuestro más antiguo sueño es el futuro, pues desde las primeras civilizaciones, los seres humanos hemos querido imaginar mejores formas de vida, mejores mundos que habitar. En su última novela, también Emiliano Monge decide mirar con esperanza nuestro futuro como especie y construir una utopía a partir de una distopía muy particular, y lo hace de una manera extraordinaria. No solo sabe que somos el pasado de nuestro porvenir, sino que intuye que solamente recuperando la sabiduría de nuestros antepasados lograremos salir adelante. El novelista denuncia la crisis ambiental y anuncia una auténtica pesadilla en medio de calores infernales y cielos agrietados. En esta historia, la locura imperante ha sido causada a través de la libertad humana y paradójicamente la solución somos nosotros mismos, en nuestra libertad. Como fuera la creencia de muchos de los antiguos pobladores de América, el futuro antecede al pasado. Como es ahora la creencia de muchos de nosotros, la esperanza vendrá del tejido que brote de los márgenes, de las rebabas de la sociedad.

Tejer la oscuridad vio la luz durante el 2020, un año de huidas que nos enseñaron en dónde estábamos parados. Época que, como todas, nos pudo haber enseñado a comprender la oscuridad de otra manera. Entre las supuestas lecciones que nos ha dejado la crisis por COVID-19 algunos han encontrado una importante conexión entre la emergencia climática, eje central de nuestra recomendación literaria, y el actual desafío sanitario. La aparente amenaza de un virus (o dos, o tres, o más) puede ser vista también como una llamada de atención ante el debilitamiento de nuestros ecosistemas y de nuestras capacidades inmunológicas. Estas dos advertencias recaen también sobre nuestros proyectos civilizatorios vigentes y se relacionan íntimamente entre sí pudiendo reflejarse tanto en las desigualdades estructurales -que están iluminando los reflectores de la crisis sanitaria-, como en la esquizofrenia de un mundo en el que los millonarios del planeta viajan al espacio demostrando su grandeza y superioridad, mientras millones de personas gimen entre la enfermedad y la desesperación a causa de las pérdidas de sus libertades o de las vidas de sus seres queridos por la falta de soluciones a su alcance.

Otra cosa que tienen en común la crisis climática y la crisis sanitaria global, además del aumento de las desigualdades estructurales, es la reducción de nuestras libertades personales que conjugan el miedo con la necesidad de control y de dominación de algunos sobre otros, especialmente sobre otras.

Dicen los que saben que las 20 personas más ricas del planeta han aumentado su patrimonio en casi dos billones de dólares durante la crisis mundial del 2020. Jeff Bezos encabeza la lista y en un derroche de sus capacidades personales para vivir la libertad a tope salió tantito a contemplar la curvatura de la Tierra, en lo que fuera para algunos una falta de respeto para sus trabajadores peor situados o incluso para potenciales clientes que pudieran estar preocupados por priorizar los productos *eco-friendly* o el comercio local. Mientras Bezos competía en esta renovada carrera espacial, algunos otros terrícolas organizaban campañas para combatir el cambio climático, ajustaban acuerdos para disminuir las emisiones de carbono o se manifestaban a favor de decidir sobre su propio cuerpo y la libertad de movimiento en las fronteras de nuestro propio planeta común.

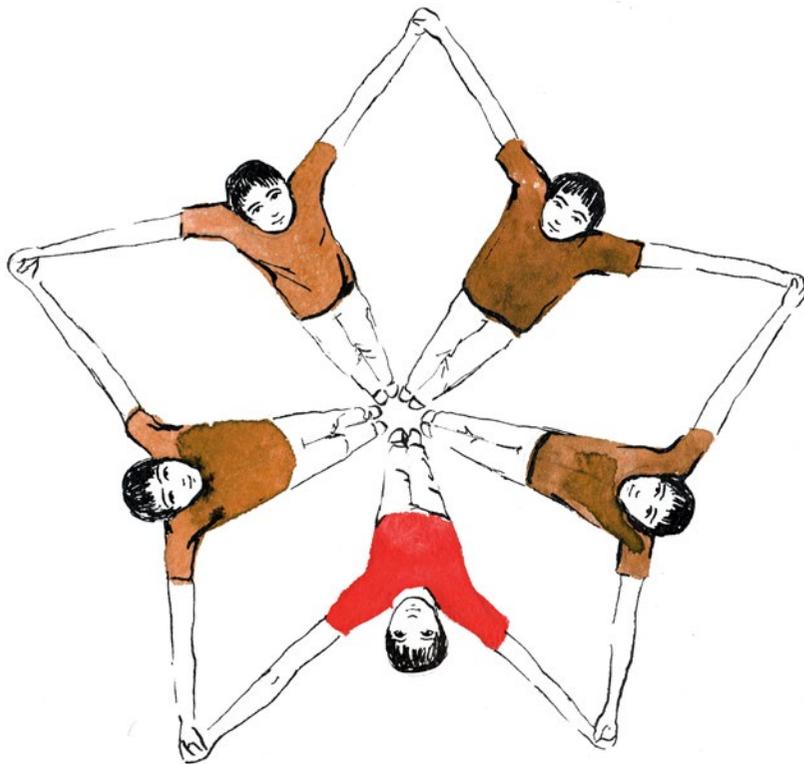
Nuestro mundo es tan esquizofrénico e hipócrita que sostiene negocios altamente contaminantes disfrazados de movimientos ecológicos, vende alimentos que no nutren y premia la competencia y la dominación por encima del cuidado y la solidaridad humana. Puede que Slavoj Žižek se haya equivocado pensando que la presente crisis nos haría más solidarios.

Es curioso que admiremos las heroicas hazañas individuales, sean las empresariales o las espaciales, de los genios de los negocios, sin reparar en las conexiones que existen entre sus intereses, la creciente falta de solidaridad, los nuevos riesgos de la COVID-19 y las crisis ambientales actuales.

Varios pensadores con más de dos dedos de frente han señalado la conexión entre todas las realidades existentes, volviéndonos más fácil que podamos hacer, nosotros mismos, las conjeturas necesarias para entender el entramado causal que apunta hacia los riesgos del mañana como pronostica, ya desde ahora, la novela de Monge. Lo mismo el papa Francisco, el intelectual zapoteco Jaime Martínez Luna o la filósofa Joan Tronto, entre otras, han reparado en la importancia de leer la interconexión de todo lo existente, diluyendo las fronteras que separaron a las personas del resto de la naturaleza desde el proyecto civilizatorio surgido con la modernidad. Solo siendo conscientes de las profundas interconexiones existentes entre todos los seres humanos y los demás seres de la naturaleza, incluidos el reino vegetal y mineral, seremos capaces de imaginar futuros posibles y sostenibles. Las interconexiones entre los seres son complejas, abiertas, dinámicas: vivas. Son imposibles de separar o controlar completamente.

MODERNIDAD FILOSÓFICA, CRISIS SANITARIA Y CLIMÁTICA

La Nueva Atlántida es una novela utópica escrita por Francis Bacon en 1626. Ferviente defensor del método científico inductivo, pretendía hallar la manera de dominar la naturaleza. En la sociedad que imagina, el conocimiento científico es el motor de la revolución social. Sería injusto dejar de lado que Bacon también imaginó una sociedad más justa. El problema es que creyó que surgiría a partir de un mundo dividido, en



solo siendo conscientes de las profundas interconexiones existentes entre todos los seres humanos y los demás seres de la naturaleza, seremos capaces de imaginar futuros posibles y sostenibles.

el que los seres humanos se hallaban separados del resto de los seres del mundo, como si fuesen solo objetos de su conocimiento u objetos para su utilidad o placer. Bacon propuso buscar un método que permitiera la emancipación de los humanos de los condicionamientos de la naturaleza. René Descartes siguió con esta búsqueda, aunque menos entusiasmado y con muchas más dudas, también imaginó que con el método adecuado, los científicos hallarían la manera de controlar el mundo natural.

Posteriormente Kant, enfatizó también la separación entre las realidades naturales (puramente biológicas) y las personas libres, y terminó de darle forma al proyecto moderno. En su análisis sobre este proyecto, la filósofa Barbara Arneil comenta que la cultura moderna logró establecer la convicción generalizada de que el individuo racional e independiente se oponía a otros modos de vida considerados menos

valiosos, como los de los animales y los de aquellos miembros de la especie humana que son menos usuales o menos capaces individualmente (Arneil, 2009). Con ello vino también la convicción de que a los seres naturales (sin considerar al ser humano como uno de ellos) se los podía controlar y utilizar sin mayor precaución. Se popularizó también la idea de que la autonomía, considerada como independencia, autocontrol y autolegislación, era el ideal humano que nos llevaría progresivamente a la vida plena. Por esto Eva Kittay ha sostenido que la dignidad de los modernos, especialmente Kant, provocó que las personas fueran reconocidas en su valor en tanto seres con capacidades morales y no únicamente por su mera existencia como miembros de la especie (Kittay, 2001:563).

A partir de ahí, cobró importancia un proyecto moderno cada vez más meritocrático y capacitista, en el que cada uno de sus miembros

ha de ganarse su lugar, so riesgo de jerarquizar a las personas según sus capacidades de agencia, sus talentos, el vigor y el dominio de su cuerpo, su extraordinaria inteligencia. Con ello, se justificó la necesidad de progreso continuado: de la mejora funcional, estética y moral de cada uno de los individuos de la sociedad. Fue también un proyecto de dominación que escondía bien el repudio a las personas con diferencias funcionales y la creciente competitividad (funcional y económica) que todavía continúa hoy y vemos reflejada en los salones de clase o en la reciente contienda espacial entre Musk, Bezos y Branson.

Nadie debe afirmar que la modernidad filosófica es por sí misma la causa del maltrato animal, de la explotación de los recursos naturales o de la creciente eugenesia en los países civilizados de occidente, pero sí es verdad que, como ha señalado Romano Guardini, el proyecto moderno debe llegar a su fin, pues ha cometido grandes errores en sus principios fundadores. Se ha equivocado en su consideración de las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza, en su constante afán por dominar al mundo natural y en promover un racionalismo exacerbado que todo lo que seculariza. Estos tres errores han participado directamente tanto en la crisis sanitaria como en la devastadora crisis ecológica actual y han continuado a pesar del paso a la posmodernidad filosófica (pues los principios siguen activos a pesar del tinte pesimista y el cambio de nombre).

A medida que el nuevo coronavirus avanza de país en país, de continente en continente -ha dicho Eva Kittay- va recordándonos que como humanos compartimos vulnerabilidades e interconexiones. Ahora entendemos mejor que antes que el daño a unos es también el daño a todos.

Las personas somos seres naturales interconectados entre nosotros y con todas las realidades naturales existentes. No podemos evitarlo, por más avances tecnológicos, por más precisión científica, por más aislamientos y campañas de vacunación que intentemos.

Nuestro cuerpo biológico interactúa y evoluciona en complejos ecosistemas de los que somos parte, independientemente de si vivimos en el campo o en contextos urbanos, dependemos tanto del aire, el agua, los alimentos vivos,

el proyecto moderno debe llegar a su fin. Se ha equivocado en la consideración de las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza, en su constante afán por dominar al mundo natural y en promover un racionalismo exacerbado.



nuestra microbiota intestinal, tanto como de los seres visibles (o microscópicos) con los que interactuamos. La condición de nuestro cuerpo, a pesar de lo maravilloso que es el cuerpo humano, es de vulnerabilidad. Esta es una condición universal -que compartimos todos los seres vivos, incluidos los seres humanos- pero que en el caso humano requiere atención especial, pues los humanos somos los seres vivos que pasamos más amplios periodos de dependencia a lo largo de nuestras existencias y más cuidado necesitamos.

La crisis por COVID-19 ha puesto en entredicho el proyecto moderno de independencia y autosuficiencia de individuos que se unen a través del contrato social por conveniencia, por eso Kittay parte de un modelo de evolución biológica de cuidados mutuos. A través del reconocimiento de la vulnerabilidad que implica la dependencia humana, la filósofa ressignifica el carácter relacional del ser humano. Las personas nos preocupamos por los demás, concretos y particulares. Ante nuestra fragilidad y dependencia encontramos una respuesta natural basada en la empatía: cuidar y ser cuidados, amar humanamente.

La ética del cuidado que propone Kittay se opone a los paradigmas modernos de autosuficiencia, independencia y búsqueda de inmunidad. Somos y seguiremos siendo, porque es nuestra característica más humana y universal, vulnerables. Todos necesitamos cuidados. Todos enfermaremos o tendremos alguna discapacidad, y, finalmente, todos moriremos.

VALORAR LA VULNERABILIDAD

Autoras como la misma Eva Kittay o Joan Tronto, reaccionan contra la obsesiva búsqueda de inmunidad de los seres humanos que pasan por alto su dependencia profunda con la realidad natural. Ellas voltean nuestra mirada hacia la vulnerabilidad y la interdependencia humanas, trasladando la obsesión por desarrollar nuestras capacidades individuales al máximo y por encontrar cura a todos nuestros males, hacia la necesidad de cuidado mutuo, en tanto todas las personas, sin excepción, somos dependientes. Las autoras plantean con seriedad una ética del cuidado como postura moral e invalidan la centralidad de las posturas políticas ancladas en



Lágrimas en la lluvia.
El futuro en tus manos.
Rosa Montero

la reciprocidad directa de los sistemas de cooperación basados en lógicas individuales, pues la compleja red de sostenimiento de la vida (incluida la humana) implica trascender la justicia y enfocarnos en el cuidado hasta el punto que el propio Estado –así lo piensa Kittay– sea como una madre que cuida de sus hijos.

La vulnerabilidad desmiente el mito de que podemos ser independientes, pero enfatiza que las propias redes de interdependencia no solo nos protegen de las consecuencias de nuestra fragilidad, sino que generan también capacidades, pero capacidades colectivas.

Con esto, la propuesta del cuidado universal señala la radical necesidad de establecer redes de colaboración para todos los seres humanos, con sus distintos grados de dependencia. El cuidado, sería, para estas autoras, la actividad más propia de la especie humana en tanto que comprende todo lo que hacemos para mantener, continuar y reparar nuestro mundo, de manera que podamos vivir en él lo mejor posible. Ese mundo incluye nuestros cuerpos, nuestros seres, nuestro entorno y toda una compleja red de sostenimiento de la vida (Tronto, 1993:103).

La actual pérdida de la biodiversidad ha debilitado esta red y debilita día con día a los

ecosistemas en general. Con ello, vuelve más frágil a cada uno de sus integrantes en particular.

El futuro se vislumbra tan difícil como el que también imaginan Margaret Atwood o la genial Rosa Montero con *Lágrimas en la lluvia*. Aunque no paremos de imaginar futuros más sostenibles o felices desde tiempos inmemoriales, al parecer los sueños de unos cuantos, que tienen el poder de hacerlos realidad, han terminado siempre en distopías. Sin ser necesariamente perversos, sus utopías se pervierten ante la necesidad de cambios drásticos, rápidos, violentos o artificialmente impuestos desde fuera de las sociedades, a partir de un diseño imaginado desde arriba que inevitablemente produce nuevas marginalidades y nuevos desafíos.

Los pequeños cambios, consistentes y compartidos pueden llegar a ser mucho más eficaces que cualquier diseño utópico que tarde o temprano terminará engrosando la lista de los proyectos inconclusos o el de las distopías. Igual que sucede en el relato de Rosa Montero, la humanidad realmente se resiste a ser dominada y trasluce su grandeza en las pequeñas cosas.

Eso es lo que nos distingue como especie: somos humanos. Esto quiere decir que somos pequeños, vulnerables, interdependientes y frágiles universalmente, pero que lejos de ser una desventaja compartida, esto es justamente lo que abre paso a nuestra capacidad de grandeza. Nos abre a cuidarnos de modos creativos y diversos, protegernos unos a otros, ser solidarios, resilientes y desinteresados. También nos hace enérgicamente tiernos y como colectivo organizado somos capaces de sostener cambios y mejoras continuas.

Las sociedades actuales, más allá de las narraciones literarias aquí aludidas, parecen olvidarse frecuentemente de las capacidades compartidas y de los grandes proyectos que empiezan lentamente con pequeñas propuestas de seres comunes y corrientes. Solemos desear grandes hazañas, cambios impresionantes, vacunas a prueba de balas, derroches de capacidades individuales, cohetes espaciales que conquisten Marte, pórcimas de súper fuerza e ideas de alcance mundial. Estas utopías son fáciles de imaginar pero nunca han de ser realizadas. Por el contrario, los pequeños cambios, incluso cuando

son prácticamente imperceptibles, pueden ser capaces de inspirar o derivar en grandes revoluciones que, además de ser realizables, cumplen con el propósito unitivo y relacional de lo verdaderamente humano.

Con el corazón anclado en su hermosa hija con discapacidad, pensando en la crisis por COVID-19 y en su deseo por un mundo mejor, Eva Kittay no nos propone acciones heroicas ni grandes utopías, sino resignificar las pequeñas cosas tal y como son, cuidarnos entre nosotros: empatizar y abrazar nuestra intrínseca vulnerabilidad, de todos y de cada uno. </>

Bibliografía

- Monge, Emiliano (2020). Tejer la oscuridad. Random House.
- Arneil, Barbara (2009). «Self Image and Modern Political Theory», en: *Political Theory*, 37 (2), pp. 218-242.
- Kittay, Eva (1999). *Love's labor: Essays on Equality, Women and Dependency*. New York: Routledge.
- Kittay, Eva (2001). «When Caring is Just and Justice is Caring: Justice and Mental Retardation», en: *Public Culture*, 13 (3), pp. 557-579.
- Nussbaum, Martha (2007). *Las fronteras de la justicia: consideraciones sobre la exclusión*. Barcelona: Paidós.
- Nussbaum, Martha (2012). *Crear Capacidades*. Barcelona: Paidós.
- Tronto, Joan (1993). *Moral Boundaries. A Political Argument for an Ethic of Care*. London: Routledge.
- Tronto, Joan (2009). *Un monde vulnérable, pour une politique du care*. Paris: La Découverte.



La autora tiene estudios en filosofía y en derechos humanos. Es doctora en filosofía por la Universidad Panamericana, profesora de ética y filosofía social en la misma universidad.